

## PRESENTACIÓN

*Vittorio Cogliati Dezza\**

Tres son las grandes emergencias que caracterizan el mundo global contemporáneo: el cambio climático, la agricultura, el manejo de los residuos. Cada una de ellas tiene unas características específicas, pero son parte de un mismo problema: el modelo de desarrollo. El hilo común que las une es la participación democrática. El enemigo común son las fuentes de energías fósiles.

Los cambios climáticos representan hoy en día, y no dentro de 20 o 30 años, una emergencia global que afecta de manera diferenciada a todo el planeta. Estos pueden presentarse como derretimiento de los glaciares, desertificación, sequías o violentas lluvias. Sin embargo, todos son fenómenos ya en curso, que se sintetizan en la expresión de uso común: “el clima está cambiando”. Al significado de esta frase, pronunciada a menudo con ligereza, no se le da la suficiente importancia ni tampoco a sus efectos incontrovertibles. “El clima está cambiando” en todo el mundo significa dos cosas en concreto: en primer lugar, que las poblaciones están expuestas a riesgos ambientales muchos más violentos y destructivos que en las décadas pasadas, porque los cambios climáticos producen fenómenos meteorológicos “extremos” (así se les llamaba una vez; de hecho, hoy en día la condición de “extremo” es la regla y ya no la excepción). En segundo lugar, cada uno de nosotros hoy tiene que considerar y hacer frente a estos cambios en su vida cotidiana. La causa, en extrema síntesis, es bien conocida: el modelo de desarrollo de los últimos dos siglos, que se ha difundido progresivamente en gran parte del planeta, ha introducido y sigue introduciendo CO<sub>2</sub> en la atmósfera por el uso desconsiderado de los recursos fósiles. En el mes de abril de este año no se ha logrado bajar nunca de las 400 ppm (partes por millón). La causa es conocida y los efectos están a la vista de todos, de igual forma la terapia ha sido individuada y se sabe bien que se necesitan decisiones determinadas, coordinadas y compartidas por parte de los Estados, pero

\* Vittorio Cogliati Dezza fue Presidente Nacional de Legambiente.

se necesita también que los ciudadanos modifiquen sus estilos de vida y orienten los mercados y los consumos. El resultado de la acción política y de la incidencia de los ciudadanos podrá ser la promoción de una economía baja en carbono es decir una economía donde los bienes de consumos son libres del petróleo y sus derivados, donde prevalecen el ahorro y el reciclaje (de materiales y energía), que se vuelven condición necesaria para la difusión de un bienestar más equilibrado y accesible para todos.

Articular el desarrollo de una economía baja en carbono con una reducción de las desigualdades y con la difusión de un bienestar más equilibrado podría parecer una tensión ideológica o algo paradójico: ¿cómo puede ser posible el mejoramiento del bienestar sin el aumento de los consumos? Toda la cultura moderna no logra concebir un mejoramiento en el estado de bienestar sin un crecimiento de los consumos, vivimos sumergidos en la propaganda del consumismo la cual desde hace 70 años nos ha acostumbrado al concepto de desechable, como condición “psicológica” de bienestar, cuyo efecto es la invasión tanto en las zonas ricas como en las pobres del plástico y de otros residuos.

En cambio, hoy en día las condiciones ambientales y sociales en el mundo hacen que se vuelva creíble y viable una economía circular, basada en el uso equilibrado de las materias primas y de los recursos naturales, provocando así la disminución del poder de las transnacionales y devolviendo a los territorios la autoridad de gobernar sus propios recursos y sus propios estilos de vida.

En este gran reto, en esta gran apuesta por el cambio, la agricultura juega un papel fundamental.

La agricultura es un sector que hoy en día se está revelando cada vez más un factor de modernidad (y no solamente en los países ricos).

Por la agricultura pasa la seguridad alimentaria y la libertad de los pueblos de las patentes de las transnacionales, pasa la recuperación de las tradiciones locales que significan identidad y cohesión y sobre todo capacidad de resistir a estilos de vida homologados e inspirados a modelos hegemónicos del Norte del mundo, basados en el consumo irreversible de materias y recursos, que rompen los equilibrios ecológicos gobernados y garantizados durante siglos por los pueblos campesinos.

Por la agricultura pasa también la decisión de liberarse de la dependencia de los fertilizantes y pesticidas químicos para recuperar de la materia orgánica local (incluyendo el compost generado por la recogida selectiva de los residuos) la fertilización de los suelos.

De la mezcla de antiguas técnicas de cultivo con nuevas tecnologías modernas pasa la posibilidad por la agricultura de ser el principal “absorbedor” de los cambios climáticos, mientras el despale, los productos químicos y la ganadería están contribuyendo seriamente al empeoramiento de las condiciones climáticas.

Aún, en la agricultura es posible desarrollar energías renovables y ma-

terias primas de origen vegetal, que sustituyen las de origen fósil, siempre y cuando se rechace cualquier intento de especulación sobre el no-food (que además ya están en curso) y se garanticen todos los espacios necesarios a la agricultura que produce comida.

La agricultura se posiciona como interfaz entre cambios climáticos y gestión de los desechos, entre el desarrollo de estilos de vida y de consumo locales, es decir que no están dominados por la homologación global, y el aporte al desarrollo de una economía circular, que pueda también reciclar la materia orgánica y reducir las emisiones de CO<sub>2</sub>.

En el entramado de estas reflexiones se coloca la grande cuestión de la generación de desechos, que en muchas partes del planeta lleva el riesgo de contaminar y deteriorar los territorios. Los desechos representan tal vez el fenómeno más representativo de la incapacidad de este modelo de desarrollo de cerrar el ciclo. Y es todo el planeta que paga las consecuencias, a pesar del nivel de riqueza.

Es notoria, por ejemplo, la emergencia desechos en el campo base del Everest, a 5.400 metros de altura. Pero el problema no se encuentra exclusivamente en ese lugar; si se hace un recorrido en cualquier otra tierra alta del Himalaya, también en los valles de los alrededores que no están frecuentados por los senderistas, lo que llama la atención es la presencia difusa a lo largo de los senderos de plásticos multicolores, arrojados por los habitantes de los pueblos, acostumbrados durante milenios a tirar al suelo los residuos de sus consumos en cuanto fácilmente reciclables, pero hoy en día son traicionados en su hábito por la invasiva difusión del plástico, cuerpo extraño a los ciclos de la naturaleza.

En este modelo de desarrollo se ha producido no solamente el derroche irreversible de los recursos naturales no renovables, sino también la destrucción de la identidad y de las culturas locales: por siglos se han desarrollado en otros escenarios, hasta llegar a aquella forma paradójica y autodestructiva de la medición de la riqueza de un país a través del producto interno bruto, en base al cual el crecimiento del bienestar está relacionado a la subida de los consumos.

Son suficientes estas breves alusiones para comprender que alrededor de la producción y gestión de los residuos se juega antes que nada una batalla cultural, que tiene inesperadas y maravillosas implicaciones económicas. La manera de producir y gestionar los residuos, sin posibilidad de equivocación, esclarece el paradigma de una civilización. Hoy en día se oponen un modelo, todavía hegemónico, fundado en una visión lineal del sistema “materia prima/recurso-producción- consumo-residuo” y otro fundado en una visión circular, que a partir del residuo (recolección separada) produce nuevas cadenas de valores-consumo, en un ciclo que garantiza efectos multiplicadores positivos. La recolección separada y la puesta en marcha del reciclaje permiten ahorros energéticos y de materia prima virgen, reducen la contaminación terrestre y atmosféri-

ca, recuperan material orgánico para la agricultura, abastecen materiales primarios secundarios a cadenas de valor industriales libras de la hegemonía de las multinacionales. En este ciclo virtuoso se ahorra producción de nuevo plástico y ulterior consumo de petróleo, circula la materia orgánica recolectada y por ende se reducen las emisiones de dióxido de carbono. Los residuos son un recurso, no un estorbo de lo cual deshacerse lo antes posible.

Existe entonces, detrás de estos razonamientos, una gran batalla cultural y educativa, que, junto con la decisión política de la comunidad, acompaña los procesos de cambio en las comunidades en relación a la gestión de los residuos.

Si queremos que vuelva a prevalecer una economía circular, capaz de apoderarse de todas las oportunidades de la tecnología moderna, es necesario empezar desde aquí. Desde la educación. Porque actualmente cualquier proyecto de manejo sostenible de los residuos debe confrontar el esfuerzo del cambio, que se requiere a la población, con las instituciones. Y el cambio genera conflictos, más o menos dramáticos, necesita participación y conciencia, reivindica compartir los objetivos y los recorridos, pide y genera participación y colaboración. De allí, la importancia de una publicación como “Una investigación educativa transformadora para el medio ambiente. Desarrollo de capacidades en Guatemala y Nicaragua” que documenta el trabajo realizado en el marco del proyecto internacional “Manejo integral de desechos sólidos urbanos y saneamiento ambiental”.

Porque la reflexión cultural y educativa sobre los procesos participativos en un determinado contexto local, permite una importante generalización, la cual ayuda a impulsar el desarrollo de otros procesos análogos a partir de la experiencia.

En el fondo permanece la necesidad que cuantas más comunidades posibles, a nivel planetario, se vuelvan rápidamente conscientes de cuál es el mayor desafío de la humanidad hoy en día, que, a partir de la resolución de un problema local como el del manejo de los residuos, se pone en la gran corriente de pensamiento y acciones que unen los pueblos y las comunidades no solamente a favor de la conservación y tutela de nuestro bien común, que es la tierra que habitamos/pisamos, sino sobre todo para mejorar el bienestar colectivo, para que sea más ecológico, y también más equilibrado.